

la cual daría sus explicaciones; que no encontró tales documentos entre los papeles de su padre, pues de otro modo él hubiera advertido á las señoritas de Souvray. Deslizó pérfidamente la especie de que el coronel descuidaba sus intereses, hasta el punto de que M. Beroult había pronosticado su ruina, lamentándose por ello, y que sin duda se había realizado, por desgracia, este pronóstico. Terminó diciendo que esta era toda la verdad y que *sabría agradecer* al juez de paz todo lo que hiciera para que fuese conocida en el país.

M. Girard se inclinó. El pacto estaba hecho.

Roland llevó su cortesía hasta invitar á su aliado á almorzar, y después de un succulento festín, rociado profusamente con vinos generosos, cogió la mano de su convidado, diciéndole:

--Habéis hecho bien en venir. Verdaderamente, vuestro sitio no está en Serigné. Yo arreglaré esto. Es cuestión de algunos meses; en cuanto haya una vacante... no se nos puede rehusar nada á nosotros... conocemos muchos secretos.

El juez de paz indicó con un guiño muy expresivo que estaba en el mismo caso.

El secretario y el juez se separaron encantados uno de otro.

Al día siguiente, el honrado M. Giraud estaba de regreso en Serigné, y las hijas del coronel Souvray tenían un peligroso enemigo cerca de ellas.

VII

En el que se conoce á un mendigo que es persona decente.

Pasaron los días y las semanas.

La casa del Fresne estuvo aislada durante el prolongado invierno de aquel año, como si la habitasen apestados, porque no hay epidemia que concluya más pronto con las amistades y los conocimientos, que la ruina.

Además, el honrado M. Giraud era un auxiliar activo de Beroult, y manejaba á maravilla la calumnia.

Le bastaron pocos días para cambiar la opinión, hasta entonces favorable á las huérfanas. Al cabo de un mes en todo el país se decía:

—El coronel ha muerto oportunamente: arruinado, sin un céntimo. Al decir del juez de paz, la vida en el Fresne había sido el colmo del desorden y del despilfarro.

Todas las envidias, todos los rencores, se cebaban en las dos desgraciadas criaturas, tan dignas de interés y de piedad. Quien las hubiese visto solas, encerradas en su habitación, comunicándose sus temores y sus zozobras, se habría enternecido.

Luisa, la enferma, procuraba animar á su hermana.

—Sólo siento lo que sucede por tí—le decía.—En cuanto á mí, ya sé lo que debo esperar. Pero nos queda una esperanza. Tu prometido vendrá pronto, y no te abando-

nará. ¡Eres tan buena... y tan hermosa!...

El prometido no llegaba.

En cambio, á principios de abril, hizo una visita á las dos hermanas el notario de Chateau-la-Valliere, Mr. Bertinot, encargado, según dijo, de una misión delicada por su cliente Mr. Duperrier.

—Desde la muerte de vuestro padre—añadió—se han esparcido rumores de que el coronel había muerto arruinado, y mi cliente me ha dado la comisión de averiguar lo que haya de cierto sobre este asunto.

Margarita palideció, porque si bien no experimentaba una verdadera pasión por el hijo de Duperrier, no dejaba de serle grato aquel enlace.

—¿Debo pensar—preguntó al notario—que Mr. Duperrier pone la cuestión de la dote sobre todo?

—Siento decirlo señorita, pero Mr. Duperrier es hombre de su época, y en ella el dinero tiene la preferencia sobre todo, porque es de primera necesidad, viéndonos forzados á adquirirlo por todos los medios posibles, y si no temiese parecer pedante, diría que por *fas* y por *nefas*, es decir, siguiendo todos los caminos, malos ó buenos. La experiencia ¡ay! os lo demostrará como nos lo ha demostrado á nosotros.

Margarita miró á su hermana y dijo con firmeza:

—¡Ya nos lo ha demostrado bastante, señor!

La cínica teoría del notario le recordaba,

casi excusándolo, el odioso despojo de que habían sido víctimas.

—¿Cómo?—preguntó Bertinot sorprendido.

—Mi padre era rico, al menos tenía cuanto podíamos desear.

—Pues en ese caso debéis serlo ahora también.

—Todo ha desaparecido á su muerte. Mi padre depositó su confianza y su fortuna, consistente en títulos al portador, en uno de sus amigos.

—Eso fué una ligereza. ¿Sería indiscreto preguntaros el nombre de ese amigo?

Margarita dudó un instante, pero animada por el aspecto bondadoso del notario, respondió con voz triste:

—Puedo revelaros ese nombre, pero á condición de guardar reserva.

—Los notarios somos como los confesores.

—M. Beroult.

—Ha muerto—dijo el notario—y deja un hijo; me parece... que es secretario particular del conde de Magny.

—Justamente.

—Persona distinguida y de gran porvenir... ¿Y suponéis que el padre y el hijo han hecho desaparecer los justificantes del depósito... ó lo niegan?

—El hijo sí, señor—contestó con firmeza la joven.

—Eso es muy aventurado.

—Ya lo sé; pero no hago más que contestar á vuestra pregunta, sin esperanza de obtener justicia,

—¿Y en qué os fundais para creer eso?

Y sin dar tiempo á Margarita para contestarle, prosiguió:

—Si un hombre como él, instruido, bien quisto, rico... pues se asegura que la fortuna del padre era de importancia, fuese tan culpable como suponéis, no hubiese sido tan necio que os dejase armas contra él... La acusación, por lo tanto, sería imprudente, cuando menos.

La joven se sentía impotente para llevar al ánimo de los demás su propia convicción.

—Caballero—dijo levantándose y con tal dignidad que impresionó al notario:—Me habéis preguntado y os he respondido; juro por la salvación de mi alma que no calumnio á nadie. He visto... creo; pero no puedo orobar lo que digo. Somos víctimas de un crimen horrible... Entre el culpable y nosotros, los hombres no vacilarían, y seguramente seríamos condenadas... Dios nos juzgará después, y confío en su justicia. Mi padre no está aquí para defendernos. Fué quizás imprudente creyendo en la probidad de otros como en la suya: por eso no veneraremos menos su memoria. Decidnos claramente el objeto de vuestra venida. Monsieur Duperrier nos cree arruinadas y os ha comisionado para notificarnos la ruptura...

—Mejor dicho—interrumpió el notario—que las circunstancias le obligan á modificar sus propósitos.

—Es igual—dijo Margarita, haciendo un gesto de desdén. Os ruego que le digais que

le devuelvo su palabra. Así no tendrá de qué arrepentirse.

M. Bertinot respondió con acento conmovido:

--He tenido que cumplir una misión penosa, cosa muy frecuente en nuestra profesión; pero creed que me inspiraréis siempre una verdadera admiración, señorita.

Y salió después de saludar á las dos jóvenes.

Margarita quedó consternada. El notario y el juez de paz pensaban lo mismo.

No había, pues, esperanza.

Después de ocho días de incertidumbre, se decidió á intentar el último esfuerzo, volviendo á casa de Beroult.

--Brígida--dijo á la criada, que á la vista de la joven experimentó un movimiento de piedad;--os conjuro, por última vez, para que me digáis la verdad.

La vieja respondió:

--No sé nada.

--Comprometéis vuestra eterna salvación.

--Juro que no sé nada.

--Vuestra mentira nos reduce á la miseria: en la hora de la muerte os maldeciréis vos misma por esta infamia, pero entonces será tarde. Adiós.

Brígida temblaba de pies á cabeza, pero no desplegó los labios.

Margarita la miró por última vez y se marchó.

Al salir del pueblo, con el corazón oprimido y la desesperación en el alma, un viejo

haraposo de cabellos grises, se acercó á ella llamándola con entonación cariñosa.

—¿Señorita Margarita?

—¿Eres tú, Peschard?— dijo la joven sin levantar la cabeza, pues le había conocido por la voz.

—Sí, yo, que tantas bondades os debo; yo, que recuerdo que me habeis dado pan cuando tenía hambre, y una casa cuando no tenía albergue, y que ahora os veo desgraciadas.

—¡Oh! Sí.

—Habeis sido robadas traidoramente, despojadas de lo vuestro.

—¿Quién te lo ha dicho?

El viejo llevó el dedo índice á la frente y repuso:

—Yo lo sé. ¿Qué pensais hacer?

—Abandonar el país.

—¿Y adónde ireis?

—A la ventura, á ganarnos la vida, á trabajar.

—Trabajar es duro cuando no se sabe; pero sois jóvenes y los tiempos cambian. Hay quien os odia; yo os amo por el bien que me habeis hecho. Esperad.

—¡Ay!...

El mendigo añadió:

—Cuando estéis lejos, yo vigilaré.

Margarita Souvray, profundamente afectada, tendió la mano al mendigo, que éste estrechó entre las suyas, ásperas y callosas, murmurando:

—Siempre vuestro, ángeles míos; en vida y en muerte.

VIII

En pos de lo desconocido.

Todavía trascurrieron algunos días. Los recursos se agotaban, porque aunque la vida de los pueblos no es costosa, las huérfanas tenían que pagar el salario de los criados, el alquiler y una porción de pequeñas deudas atrasadas. Era necesario tomar un partido.

—Pero ¿á quién acudir, ni siquiera en demanda de consejo?

La desgracia había ahuyentado de aquella mansión todas las amistades. Solo un vecino aparecía por allí de vez en cuando, monsieur Giraud, que mostraba hipócritamente mucho interés por la suerte de las jóvenes, de cuyos propósitos procuraba enterarse con solicitud paternal, prodigándoles vanos consuelos.

—Sois jóvenes—les decía muchas veces— el porvenir es vuestro. Pensad en París, allí está vuestro sitio,—solía insinuar tímidamente.

¡París! Este nombre mágico no sonaba bien en los oídos de Margarita, atrayéndola y espantándola á la vez.

Allí, en efecto, podía ocultar mejor que en ninguna parte su desgracia, buscar una ocupación y suavizar la miseria; pero París era tambien para ella lo desconocido.

Margarita no pensaba en la gran ciudad sin verse asaltada por un misterioso presen-

timiento; á Luisa, por el contrario, con la resignación fatalista del que se siente condenado, todo le era indiferente con tal de no separarse de su hermana, el único ser cuyo cariño la sostenía y endulzaba sus sufrimientos.

El 12 de abril de 1870 se consumó el sacrificio. Las huérfanas debieron resignarse á abandonar la casa en donde habían pasado su juventud tranquilas y sin cuidados por el porvenir.

El digno juez de paz fué aún á ofrecerles sus servicios, encargándose de liquidar sus cuentas con una complacencia obsequiosa.

El mobiliario del coronel no era lujoso, pero sí excesivo para dos jóvenes reducidas á vivir en una modesta habitación de los arrabales de París, y debía, por lo tanto, venderse.

M. Giraud se ofreció, para evitar á Margarita la pena y el rubor de presenciar la venta de aquellos muebles que constituían toda su fortuna, y á los que consideraban como antiguos amigos, y puso su bolsillo á disposición de las jóvenes, obligándolas á aceptar á cuenta del producto de los muebles un billete de mil francos.

Al siguiente día el jardinero, cuyas cuentas habían sido liquidadas con generosidad, unció por última vez el viejo borrico que había servido á la familia más de diez años, al único carruaje que allí había y que servía de ordinario para ir por las provisiones ó para dar un paseo.

Catalina, la cocinera del Fresne, con el co-

razón oprimido, envolvía entre mantas de lana á la joven enferma á quien no vería más, llorando amargamente.

Luisa sonreía con angelical resignación; Margarita, por el contrario, al verla se indignaba contra el miserable que les imponía tales sufrimientos. Pero, ¿qué podía hacer? Había que someterse al destino.

Terminados los preparativos, el carruaje se puso en marcha, mientras la cocinera gritaba á sus jóvenes amas:

—¡Adios, valor!

—¡Valor!—pensaba Margarita con el corazón oprimido.

Era la palabra propia de la situación. Pero ¿tendría ella el necesario?

Miró, por última vez los sitios llenos de memorias de su infancia, la iglesia y el cementerio, donde reposaba el leal soldado que nada podía hacer ya por ellas, y la madre cuyos restos debían vibrar coléricos si, más allá del sepulcro, podía su espíritu seguir la marcha de sus desgraciadas hijas entre las miserias y los escollos de la vida.

Asomada á una ventana de la gran casa donde vivía sola, atendida á una pensión de su amo, Brígida, la criada de los Beroult, vió pasar el carruaje conducido por el jardinero y detrás de él á las dos jóvenes, huyendo del país donde hubieran podido vivir felices, víctimas de un crimen de que era cómplice la vieja criada por su silencio. La imagen de estas infelices, despojadas por su amo, debía perseguirla hasta la muerte. Pero se repetía para adquirir valor:

—No puedo hacerle traición; le he criado... no puedo.

En este instante, el mendigo de los cabellos grises se detuvo delante de la ventana y llamó, golpeando el cristal con sus callosos dedos, mientras decía con voz chillona:

—Abrid, Brígida, abrid.

Como ésta, aterrada por la presencia del viejo, tardase en obedecerle, repitió:

—Abrid, Brígida, abrid.

Temiendo el escándalo, se decidió á abrir la ventana, y entonces el viejo, apoyando el codo en el quicio y agitando con el otro brazo su palo en dirección del carruaje, que tomaba el camino de Tours, le dijo:

—Y bien, mi buena Brígida, ya se van las pobres niñas del Fresne.

—¿Qué queréis que yo le haga?—murmuró Brígida.

El mendigo se golpeó el pecho con las manos.

—Vamos — continuó, —sed sincera. ¿No sentís algo ahí dentro? ¡Vos, una mujer tan piadosa!... ¡Una mujer tan religiosa, de la que nunca se ha pensado ni dicho nada malo!...

—¿Qué queréis!—dijo Brígida rehaciéndose;—no se recoge más que lo que se siembra. El coronel Souvray llevó sus asuntos con mucha torpeza, y sus hijas pagan por él.

Los ojos del mendigo despedían centellas.

—No habléis mal del coronel—gritó.—Era muy bueno y muy confiado, lo cual es un vicio en estos tiempos; pero no son los

Beroult los que pueden censurarle. Estoy seguro de que pensáis como yo.

—Tenéis una lengua de áspid. Yo pienso que cada uno es tratado según sus obras. Así, si hubieseis economizado en vuestra juventud, no tendríais que mendigar ahora. Sois un loco.

El mendigo no se irritó; al contrario, dulcificó su voz.

—No soy tan loco como creéis—replicó,—y en cuanto á economizar en mi juventud, os diré que no estaba en situación de desollar á mis clientes, como hacía el difunto Beroult, puesto que sólo cobraba cien francos anuales por servir á otros. Con una cuerda delgada no se puede hacer un nudo muy grueso, y cuando me rompí la pierna y el brazo por detener los caballos de la posta, desbocados en la cuesta de Joué, no fué por mi culpa, sino por prestar un servicio... Por eso no me avergüenzo de mi situación, porque más vale mendigar el sustento que despojar á dos huérfanas.

—¿Qué queréis decir?

—Nada. A veces vale más callarse que hablar, como sucede hoy; pero yo tengo mi idea.

—¿Qué idea?

—Bastante hemos hablado hoy. Ya se dirá todo cuando sea tiempo.

El mendigo hizo ademán de marcharse, y como Brígida se apresurase á cerrar la ventana, volvió á llamar de nuevo.

—¿Qué más queréis?—preguntó Brígida con aspereza.

—¿No os sobrarán diez céntimos? Compraría tabaco.

—No está aquí el amo, y no puedo dar sin orden suya.

—Es verdad—dijo el viejo,—está en París. Si las señoritas van allí, se encontrarán quizá, y no le hará buen efecto. Salud.

El mendigo saludó irónicamente y se dirigió al presbiterio, mientras la vieja se retiraba al interior de la casa, murmurando entre dientes.

El carruaje, entretanto, marchaba hacia Tours, distante tres leguas de Serigné. Las jóvenes tiritaban de frío, y de vez en cuando Margarita estrechaba contra el pecho á su hermana, fatigada por esa tos cavernosa de los tísicos próximos á la muerte.

—¿Sufres?—la preguntaba juntando el rostro con el de su hermana.

Esta se esforzaba por tranquilizarla, sonriendo.

A las dos de la tarde llegaron á la estación de Tours. El jardinero bajó los equipajes; se despidió de sus amas y se marchó, rompiendo el único lazo que les unía con el pasado.

No tenían ya ni asilo, ni fortuna, ni servidores.

Margarita tomó dos billetes de segunda clase, y á las dos y media el tren se puso en marcha llevando á las dos hermanas.

Luisa, rendida por el largo viaje de Serigné á Tours, no tardó en dormirse. Margarita, espantada ante las perspectivas del triste porvenir, inclinó la cabeza y cubrién-

dose el rostro con el pañuelo, como avergonzada de su decilidad, lloraba en silencio.

En el extremo opuesto del vagón, un viajero la miraba atentamente, como si hubiese querido fotografiar aquel semolante en su memoria.

IX

Policia secreta

El viajero aparentaba tener unos cuarenta años y su aspecto era el de un comisionista de comercio de una casa opulenta. Nadie hubiera sospechado el triste oficio que en realidad ejercía, ni por su figura ni por sus modales.

Se leía en sus ojos el deseo de entablar conversación con Margarita; pero á la distancia á que se hallaban era imposible realizarlo á no disponer de un teléfono. Pero no había nada perdido. Entre Tours y París podían acercarse.

—¡Por vida de...—murmuraba;—el patrón y yo no tenemos el mismo gusto.

El patrón era Roland Beroult de Serigné.

El desconocido, un simple agente del secretario del conde Magny.

Dos días antes había recibido una extensa carta del juez de paz, dándole noticia de la triste situación á que habían venido á parar las hijas del coronel Souvray; de la ruptura con Duperrier; de la resolución de Margarita de trasladarse á París; del resultado de las calumnias esparcidas acerca de los su-

puestos despilfarros del coronel; de la venta de los muebles, y por último, de la conveniencia de buscar el medio de hacer callar al mendigo Peschard y de la utilidad de trasladar al cura que era juntamente con el pordiosero un peligro para el éxito de sus planes.

La postdata de esta carta era un recordatorio acerca de su nombramiento, indicando el deseo de que le enviasen á Saumur, favor que podía prestarle Roland fácilmente, á juicio suyo.

Esta carta, mezcla de ironía y amenaza, produjo en Roland un sentimiento de gozo por la partida de sus víctimas, y otro de cólera contra este juez de paz, que era el depositario de su terrible secreto.

Pero se tranquilizó, pensando que podía comprarse su silencio accediendo á sus pretensiones.

Lo más urgente era vigilar á las dos jóvenes, porque quería conocer todos sus pasos, y en caso de necesidad imposibilitarlas para hacerle daño, y para conseguirlo formó su plan.

La víspera de la partida de las huérfanas, presentóse en su despacho un agente á su devoción, dispuesto á todo por agradar al hombre más influyente de aquella casa. Este agente se llamaba Pablo Bordier.

—Tenéis reputación de inteligente—le dijo el secretario.

Bordier se inclinó.

—Ha llegado la ocasión de que lo justifiqueis: se trata de una misión de confianza, muy sencilla.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Una persona muy influyente, cuyo nombre no hace al caso, se interesa por dos jóvenes de provincia, que acaban de perder á su padre y carecen de fortuna. Aunque ignoro el motivo de este interés, sospecho aquí para *inter nos* que el amor no debe ser del todo ajeno á esta aventura.

Bordier asintió con un movimiento de cabeza.

—Estas jóvenes—prosiguió el secretario—deben abandonar su país mañana sin falta, y se desea saber lo que hacen. Tomarán en Tours el tren de París, no puedo decirlos la hora; pero esperaréis, en la seguridad de que no es posible confundirlas con nadie. Dos jóvenes enlutadas: una rubia, enferma del pecho, en estado de gran postración; la otra alta, bien formada, de abundante cabellera de color castaño oscuro.

—Perfectamente. Se llaman...

—Las señoritas de Souvray.

Roland entregó al agente cinco luises.

—Un paseo—dijo éste riendo.

—Y añadió:

—¿Servicio del prefecto?

El secretario se inclinó.

El agente salió con el gozo pintado en el semblante por aquellos dos ó tres días de huelga y por la suma que ganaba en aquel servicio.

Tal era el motivo de que Pablo Bordier viajase en el mismo vagón que conducía á París á Margarita y á su hermana.

Al primer golpe de vista las reconoció al

entrar en la estación de Tours, y por si tenía alguna duda, el nombre de Souvray escrito sobre los equipajes que llevaban, confirmó sus sospechas.

En Orleans, el agente quedó solo con las dos jóvenes, y trató de entablar conversación; pero como Margarita evadía las respuestas ó contestaba por monosílabos, sólo pudo averiguar lo que él ya sabía, que se dirigían á París.

Sin embargo, aquella misma tarde Bordier comunicaba al secretario del prefecto la llegada de las jóvenes y su instalación provisional en el hotel de los Dos Escudos, calle de Orleans Saint-Honoré.

—¿Debo continuar vigilándolas?— preguntó.

—Sin duda, hasta que se establezcan definitivamente.

Dos días después, Bordier anunciaba á su jefe que estaban alojadas en una modesta habitación, en el quinto piso del número 112 de la calle de Douai.

El secretario le ordenó que fuese á verle con frecuencia, porque tendría necesidad de él.

X

En el hogar

Margarita Souvray tenía prisa por abandonar el hotel donde se instalara provisionalmente, para poder vivir entre los muebles que le eran familiares: sus viejos ami-

gos, y los únicos que les quedaban en su desastre: así le parecería menos duro su destierro. Con incansable diligencia, estimulada por la necesidad, recorrió París durante dos días, decidiéndose al fin por la habitación que, entre todas las que podía elegir, hábale parecido menos alta, más accesible y menos repugnante, pagando cuatrocientos francos anuales y adelantando el importe de seis meses. Aquella habitación tenía una ventana, y gracias á ella podría respirar la pobre enferma, de la que Margarita cuidaba antes que todo.

Comenzaba para ellas una nueva vida, vida de privaciones, de vergüenza y abatimiento; pero en los primeros días Margarita conservaba la esperanza de encontrar una ocupación que, por modesta que fuese, les proporcionase recursos para comprar, siquiera fuese algo caro, el derecho de respirar y vivir. Nada esperaba de lo que quedó en Serigné, que se disiparía en el pago de algunas deudas, pareciéndole que no podía esperar nada bueno de un país que tan funesto había sido para ellas.

A los quince días de su llegada á París recibió una carta del juez de paz participándole la venta del mobiliario por seis mil trescientos noventa y seis francos, de los cuales, descontados los mil que él les anticipó, y el importe de las deudas, quedaban trescientos cincuenta y seis francos, que les enviaba, juntamente con la justificación de la cuenta.

Esta carta llegó en una de las horas de

abatimiento para Margarita, que desde su llegada á París recorría inútilmente, desde por la mañana hasta la noche, los talleres y los almacenes, sufriendo la humillante é intolerable tortura de todas las jóvenes que, buscando trabajo para vivir con honradéz, son implacablemente rechazadas por carecer de informes.

Buscó trabajo hasta en los cafés y en las fondas, donde ó no era admitida ó se le hacían proposiciones que la avergonzaban.

Volvía á su casa descorazonada y furiosa, abrazaba á su hermana y decía:

—¡Este París es horrible!... ¿Para qué habremos venido?

Peró cuando veía á su hermana enferma, resignada, pasando encerrada y sola horas enteras, cerca de un fuego que no calentaba, sin más horizonte que las cuatro paredes, casi desnudas, de la habitación, las lágrimas asomaban á sus ojos y se decía que era todavía la más dichosa de las dos, puesto que tenía salud y podía recobrar sus fuerzas.

En estas inútiles tentativas transcurrían las semanas y los meses y se agotaba la miserable suma que les quedó como único recurso, miserable resto del pasado.

Para colmo de desgracia, Luisa empeoraba rápidamente, y fué necesario llamar al médico, empezando desde entonces un verdadero derroche de pociones y drogas inútiles, de recetas y de experiencias costosas, sin otro resultado que atormentar á la moribunda.

A fines de junio era completa la ruina,

que Margarita ocultaba á su hermana. Llegó un instante en que Margarita vió, presa de inquietud mortal, que solo le quedaban dos luises, que se desvanecieron en seguida.

Al siguiente día, después de salir el médico, se encontró enfrente de su hermana, tendida sobre el lecho, casi moribunda; sobre la mesa la receta de un medicamento, destinado, no á conseguir una curación imposible, sino á calmar los insoportables sufrimientos de la enferma, y en la mano, crispada por el furor, el portamonedas vacío.

¡Cómo maldecía en aquel instante al hombre que las había precipitado en aquel abismo, y cuyo crimen aparecía entonces evidente á los ojos de la huérfana! Margarita, que era la misma dulzura, estaba exasperada hasta la locura por la violencia de su dolor. Experimentaba la necesidad de respirar fuera de aquella mansión del sufrimiento, de salir un instante para recobrar su sangre fría y escapar al espectáculo que la indignaba, hiriéndole el corazón y trastornando su cerebro, invadido por negras ideas.

Pensó que, puesto que su pobreza le impedía adquirir el remedio prescrito á su querida enferma, podía comprar con algunos sueldos el carbón suficiente para suicidarse al lado de su hermana. Con estos pensamientos abrazó á Luisa, y le dijo:

—Animo... espérame... vuelvo...

Y se dirigió hacia la puerta.

En aquel instante sonaron en ella dos golpes.

Abrió y retrocedió espantada.